



I

ESPERANDO A JESUCRISTO

MEDITACION

DIME, AMADO DE MI ALMA, ¿DÓNDE APACIENTAS TU GREY, DÓNDE SESTEAS? (1)



QE AQUÍ, Señor, á tu pobre-
cilla oveja hambrienta y ne-
cesitada de sustento. Yo soy tu infe-
liz oveja extraviada y errante, que
necesita reposo. ¿A qué criaturas no
ha pedido mi alma un alimento imposi-
ble ó que sólo produce dolorosa sa-
ciedad? ¿Por qué sendas no he erra-
do y qué torcidos caminos no cono-
cen mis huellas? En ninguna parte,
Señor, en ninguna parte lejos de tí
he logrado substancia que me llene

1. Cantar de los cantares, 1 y 6.

ni camino seguro y derecho que me conduzca á la paz. Llamé á la puerta de las amistades terrenas, y me apartaba de allí con el corazón estrellado, sintiendo de veras que *todo hombre es falso y mentiroso* (1). Cogí las rosas de los placeres mundanos y dije: "Coronémonos de rosas, no se nos vaya de entre las manos la flor de la primavera" (2). Y de nada sirvió, porque traigo el corazón vacío y el alma apesadumbrada y sigo buscando rosas de placeres menos caducos que los primeros, entre las ruinas (porque ruina es todo lo de acá abajo), y entre los escombros nunca se dan las rosas. *Todo es vanidad y pura vanidad*. Si confío en la fortuna, me engaña á lo mejor; si ambiciono honores, más me atraviesan de espigas que me acarician con triunfos y coronas; si me arrojo al torbellino de la disipación, hállome bien pronto en espantosa y fría soledad; si huyo del dolor, él me asedia; si ahuyento á la tristeza, ésta fuerza todas las entradas de

1. Psalm. 115.

2. Sapien. 2.

mí alma; si llamo á los goces, me responden las lágrimas; si ando lejos de tí, buen Pastor, no consigo otra cosa que miseria y desazón y muerte.

¡Oh Dios mío! dime, pues, dónde apacientas y haces descansar á tu rebaño, que allá iré. Ya me parece oír que me respondes: "A la sombra del árbol frondoso de mi amor, al fuego de mi pecho, al resplandor de mi luz y en medio de mis inefables consolaciones." Sí, allá iré, Jesús mío, porque ya he probado por mí mismo que vivir sin Jesús es crudelísimo infierno, y vivir con El, delicioso Paraíso.

Los que viven según el mundo, Señor, los que te han olvidado ó no conocen el dón de Dios, que largamente ofrecías á la pecadora junto al brocal del viejo pozo de Jacob, esos, Señor, se querellan grandemente de la infelicidad humana, padecen más que nadie, no tienen consuelos sino escasos y mezquinos, y vienen á parar en las aceradas garras de la desesperación, ó viven amenazados por las asquerosas fauces de hiena del astío. Y todo porque no saben ni se cuidan de saber dónde pastoreas con tus se-

lectos corderillos. ¡Dichoso yo que sé dónde es! En el Santísimo Sacramento de la Eucaristía se encuentra tan apacible y repuesto lugarcillo. Allí, bajo esa blanca tienda donde quisiste velar perdurablemente, ¡oh Rey de las naciones! sobre el intranquilo campamento de los hijos de los hombres: allí está la paz y el gozo del espíritu, allí viven el amor verdadero y la amistad constante, allí reinan la vida y la abundancia. Iré, pues, allá, como el hijo pródigo bajo la encina, testigo de sus desdichas y sus remordimientos, puedo exclamar: “Me levantaré é iré á mi Padre.”

II.

Hablaré á mi Señor, le descubriré mi alma entera, le expondré mis aspiraciones y necesidades, al fin que él ha allanado el camino á mi confianza.

Mi alma, que se mira pecadora, ruín y miserable, al acercarse á Dios, no puede menos que reflexionar: “Oh Dios inmenso, vuestra majestad me conturba; Dios Terrible, vuestros re-

lámpagos y truenos me amedretan; Dios inaccesible, vuestra lejanía me infunde desaliento. *¡Quién me diera que fueses mi hermano, mi hermano desde el pecho de mi madre!* [1] Y tú, Verbo divino, para infundirme confianza, para acercarte á mí te hiciste carne, fuiste *el hermano primogénito entre muchos hermanos*, (2) te tornaste cautivo y humilde como yo, te vestiste figura de esclavo y te anonadaste. Velaste así tu majestad, el rayo está depuesto, tu grandeza cerca, muy cerca de mi nada.

Y no contento con esa largueza soberana, bajas todavía más para que esté más próximo á tí mi polvo y mi lepra: te conviertes en manjar y bebida. Al hacerte hombre, te humillabas infinitamente, por ver de redimirme y abrirme camino para el Padre celestial, descendías desde su gloria hasta el deshonor humano; para ver de sustentarme y darme fuerzas en ese camino te aprisionas en la Eucaristía. El amor más encendido á los

1. Cant. de los Cants.

2. Rom. 8.

hombres, te trajo por esa escala de humillaciones hasta el ara de la Cruz y hasta nuestros altares y tabernáculos. Tú mismo me enseñas así la vereda secreta y segura por donde he de llegar al aprisco donde tú eres pasto eternamente saludable, y donde rije á las almas tu báculo cariñoso. El amor y la humillación son esa vereda. Yo me humillo, Señor; y ¿cómo no, si tengo presente lo poco que valgo, lo nada que sirvo, cómo ha corrido mi vida, yo siempre cayendo, tu siempre levantándome? Ya te amo Jesús, *llevame en pos de tí, que corro atraído por el efluvio de tus fragantes esencias* (1).

El alma te pedía que la *sellases con el ósculo de tu santa boca* (2), con ese ósculo más excelente que ninguna otra prenda y señal de amor, el beso de tu gracia, á nada parecido, á nada comparable; y tú la diste una señal nueva de amor, desconocida y divina como inventada por los excesos generosísimos de tu corazón: te nos diste

1. Cant.

2. Ib.

á comer, te unes con nosotros de un modo más estrecho, trasfundes en el alma no sólo el aliento de tu divino Espíritu por aquel beso sagrado, sino que vienes á vivir en ella todo tú, tu carne y tu sangre, tu alma y tu Deidad. Ven, pues, Señor, brote en mi mismo corazón, riéguelo y fecúndelo el manantial de agua viva, la fuente de todo bien. Haz que se pueda decir de mí: "*El que se une al Señor es un solo Espíritu con él*" (1).

III.

Alma mía, ¿qué te detiene? ¿Por qué esa tibieza, esas aprensiones, ese vacilar? Oye, un grito resuena, oye, el clamor que se levanta: "*El esposo se acerca*" (2).

Recoje pues tus alas y ve al encuentro de él que se te llega tan amorosamente: "*Señor ¿qué quieres que yo haga?*" (3) Ya parece responder: "*Sube, paloma mía y ven, pasó el invierno*

1 I. Cor. 6.

2. Math. 25.

3. Act.

y Salvador: en Dios está mi salvación

no, alejose la lluvia y se ahuyentó, ya nuestra tierra está florida" (1).

Tal ha de ser mi preparación para ir á la sagrada Mesa: que haya pasado el invierno, cesado y alejado-se la lluvia, es decir, que el pecado mortal, la obscuridad, el frio de muerte, el nublado espeso, la esterilidad invernal del espíritu hayan pasado por el divino perdón; que no se acerque á la sagrada Cena, Judas con el ánimo henchido de negra perfidia, de glacial rebeldía y de estéril impenitencia. *Que se hayan retirado nublados y lluvias*, esto es, que encienda el corazón su tibieza, que se serene con el desasimiento de las cosas de la tierra, que brille iluminada por el sereno día de Dios, florezca de amor á Jesucristo y se corone con el riquísimo ornamento de su sangre.

Mas ya el alma ha llorado y conseguido perdón de sus graves culpas: y si aún no despierta por completo de su tibieza, si aún no se desaficiona de las criaturas por completo, si no ha trabajado hasta aquí tan laboriosa co-

1. Cant.

mo debiera en cultivar las cristianas virtudes y hacerlas florecer, ya aplica el fuego del amor divino al hielo de su indiferencia, ya esfuerzos hace por esligarse de los mezquinos afectos del mundo, y prométese trabajar sin descanso hasta no verse florida de exquisita virtud. Ayúdala, Señor, *aquél á quien amas está enfermo* (1). *Jesús, hijo de David, ten piedad de mí*. (2). No me arredra ni me impele á alejarme de tí el sentirme tributario del desfallecimiento y la fragilidad propias á mi naturaleza caída, porque bien sé que *los enfermos son los más necesitados de medicina*. Y creo escucharte que me dices: "Enfermo, ven á tú Salvador; consumido de hambre y sed, acércate á la fuente de vida; pobre, preséntate al Rey del Cielo; esclavo, llégate á tú dueño; criatura, aproxímate á tu Hacedor; desolado, acude á tu tierno consolador" (3).

Pero ¿qué haré en esos días tristes y oscuros, de aridez interior, en que

1. S. Juan.
2. Maht. 15,
3. Imit. de Cristo.

y Salvador: en Dios está mi salvación

no me siento atraído á la Sagrada Eucaristía, sino antes bien, con desgano y desabrimento? ¿Qué haré cuando mi alma parece *tierra desierta sin senderos, ni veneros de agua?* (1). Es entonces la hora de prueba, y ese aparente abandono del Señor, la piedra de toque en que él propónese ver si resplandecen trazos de oro de mi valor y constancia, ó sólo se descubren opacas y desteñidas señales de mi débil y desmedrada piedad. En esas horas debo llenarme de ánimo y buscar á Dios, que por probarme se esconde, buscarle por todas partes y no parar ni tomar alimento hasta haberle hallado. De esa suerte, la Esposa del *Cántico* buscaba en la noche á su Esposo, recorriéndolo todo, calles y plazas, encrucijadas y arrabales. No me desaliente el no sentir contento de corazón ni fuego en la fantasía, que entonces quizá sin celajes de sentimentalismo luce Dios á mi espíritu con más esplendor y de modo más interior y perfecto.

1. Psal. 62.

ASPIRACIONES.

(Salmo 62.)

Dios, Dios mío, desde el alba estoy en vela esperándote. Mi alma tiene sed de tí y de muchos modos está sedienta de tí mi carne. En tierra yerma, sin camino y sin agua te me presenté como en el santuario para ver tu poder y tu gloria. Mis labios te alabarán porque tu misericordia es mejor que la vida. Te bendeciré, pues, en mi vida y en tu nombre levantaré mis manos. Me sentiré harto y lleno de substancia; y mi boca te alabará con labios regocijados. Si me he acordado de tí en el reposo de mi lecho, ¡cuánto más en las horas matinales pensaré en tí, porque ha sido mi auxiliador! A la sombra de tus alas me llenaré de júbilo; mi alma se arrimó á tí y tu diestra la acogió. Ellos me buscaron en balde y descenderán á lo más bajo de la tierra, caerán en manos de espada y vendrán á ser pasto de raposas. Mas tú, alma mía, estate sumisa á Dios, porque de él es mi paciencia; no emigraré de su lado porque él es mi Dios y Salvador: en Dios está mi salvación

y mi gloria, mi ayuda y mi esperanza está en Dios. Espera en él, muchedumbre del pueblo; derramad en su presencia vuestros corazones, que él es nuestro eterno auxiliador. En verdad vanos son los hijos de los hombres, y tan ligeros que no harían contrapeso á la misma vanidad. No hay que fundar esperanzas en la iniquidad, ni codiciar rapiñas; si afluyen las riquezas no apeguemos á su corriente nuestro corazón. Una vez habló Dios y oí estas dos cosas: que el poder es de Dios, y que tuya, Señor, es la misericordia, y darás á cada uno el retorno según sus obras.

LECTURA.

(De San Ambrosio.)

Este pan que veis, antes de la consagración no es sino pan, mas apenas son pronunciadas las palabras de la consagración, el pan se convierte en carne de Jesucristo. ¿Cómo ese pan ha podido volverse cuerpo de Jesucristo? Por la consagración. ¿Cuál es la palabra de la consagración y quién la pronuncia? Nuestro Señor. Atended bien y seguid todas las acciones de la Misa: hasta la consagración no hay

otra cosa que loores á Dios, oraciones por el pueblo, por los reyes, por el mundo entero! llegado el momento del santo sacrificio, el sacerdote no emplea palabras suyas, es la palabra de Jesucristo la que todo lo hace. Y ¿qué es la palabra de Jesucristo? Es la palabra que ha criado el mundo. Dios pronunció una palabra y el cielo fué criado, una palabra y la tierra surgió de la nada, una palabra y los océanos buscaron sus lechos. El Señor ha dicho y el Universo ha sido hecho. He aquí el poder de la palabra de Jesucristo. Y si tal es su virtud, que por ella lo que no era pasa á ser, ¡cuánto más fácilmente podrá hacer que una substancia ya criada se cambie en otra substancia! El cielo no era, los océanos no eran, la tierra tampoco era; escuchad: “El dijo una palabra y todo fué hecho; El mandó y todo fué criado.” Antes de la consagración el cuerpo de Jesucristo no estaba sobre el ara: después de la consagración este cuerpo sagrado está allí real y verdaderamente. Ah! es que “El ha dicho y todo ha sido hecho, El ha mandado y todo ha sido criado.”